

Héctor Fernández Soriano

29 de junio de 2016

Críticos, escépticos y bocazas.

España a la cabeza de un mundo barroco y antirracional.

3.- EDUCACIÓN.

Parece en principio un despropósito pensar siquiera que, en una sociedad cooperativa como la humana, la educación tiene un papel despreciable o, directamente, no tiene papel alguno. Parece obvio que, por el contrario, el papel de la educación sea de importancia de primerísimo grado. Las interacciones que requiere una sociedad compleja entre sus miembros no pueden ser de cualquier modo. Hablamos de sociedades complejas, con divisiones de tareas en la creación, desarrollo y continuación de estructuras y funciones necesarias para su perpetuación, solapamientos generacionales, actividades que producen en el entorno transformaciones extremas (que tienden a ser excesivas; todos los seres vivos transforman su entorno... ¡pero nena!, como diría Nazario)... Estas interacciones requieren de una sólida formación y un alto conocimiento y criterio para que sean efectivas y resulten en la perduración y mejora de nuestras comunidades . Y, naturalmente sin que, como consecuencia de todo esto, acabemos deteriorando por completo un medio ambiente del que dependemos todos, sin lugar a ninguna duda.

Oscar Lewis (Nueva York, 1914-1970) historiador y antropólogo norteamericano, describió en *Los hijos de Sánchez* lo que él denominó la “cultura de la pobreza”. *Los hijos de Sanchez*, desarrollada formalmente como narrativa, es en realidad un ensayo en cuya tesis central Lewis trata de explicar que existe toda una cultura que se crea en los colectivos deprimidos que genera el subdesarrollo económico. Éste produce a su vez un subdesarrollo social, que termina generando un subdesarrollo cultural. Los seres humanos hacemos “culturas” de casi todo (por no decir de todo en absoluto). Con las circunstancias que condicionan nuestras vidas adoptamos patrones comportamentales y otras estrategias a fin de

adaptarnos a dichas circunstancias. Así, con el tiempo, se consolida una cultura. Cuanto más “duras” sean estas circunstancias, es decir, cuanto más dependa el hombre de sus estrategias para sobrevivir en esas circunstancias y cuanto más duren en el tiempo, más fuertemente se consolidan y se “fijan” esos patrones y estrategias, que se transmitirán después de padres a hijos. El asunto es que, en *Los hijos de Sánchez*, parece que esta cultura de la pobreza termina por rebasar los límites del pragmatismo estricto en los que se basa su funcionalidad (esto es, sobrevivir a la pobreza), para instaurarse como una cultura más, con sus tradiciones, sus comportamientos “normales”, sus principios morales etc. Parece que, de tanto presionar tan fuerte y tan largo sobre los famélicos cuerpos, si se me permite la metáfora, queda la impronta marcada para siempre en la piel y ya se hace necesario, por algún motivo, imprimirla en las generaciones venideras, aunque éstas ya no lo necesiten o incluso naden en la opulencia, libres ya del yugo y la hambruna. En la novela corta *The day of the Triffids* (1951) John Wyndham nos revela una curiosa reflexión que hace un personaje, al plantearse el futuro de la humanidad tras la catástrofe que amenaza con su extinción: La educación requiere de algún tipo de ocio. En una sociedad en la que prima la supervivencia por encima de todo y en la que no hay tiempo ni lugar para la educación la primera generación sobre las ruinas, aún heredera de la educación que les dispensaron sus padres, será de trabajadores. Y ya la segunda generación, sin ese tiempo para la educación, de botarates. De aquí, la cultura de los botarates (o los salvajes, como luego se refiere más amablemente) se perpetuará como lo único transmitido de padres a hijos en adelante.

En *Los hijos de Sánchez*, los españoles inmediatamente identificamos el tópico con el que nos asaetan algunos racistas con nuestros negros, los gitanos. Tú le das un piso a unos gitanos, y le quitan las puertas y las venden, meten la burra en la casa y se tapan con cartones en vez de ponerse camas, como la gente decente. Naturalmente, este ejemplo despectivo lo que nos transmite es algo muy diferente a lo que pretende transmitir Lewis en su tesis. Aquí, en la tesis del españolito licenciado en la “Universidad de la Vida” el corolario es que, darle dignidad a un gitano, es como echar margaritas a los cerdos. Y esto es, además, como sustentan todas las tesis discriminatorias como el racismo o el machismo, por una cuestión congénita. Es decir, todo poseedor de, antes un tipo de sangre, y ahora ya actualizado a un tipo de genes, posee la tara. De tal forma oiremos que, puesto que “está en su ADN”, todos los gitanos son ladrones y sucios traidores, los negros serviles y malolientes, las mujeres hipócritas ninfómanas y sádicas tentadoras de los inocentes machos y así un largo etcétera.

Una vez más se entrevé el desprecio a la educación. “Estudiar no sirve para nada”. “La cultura es muy bonita pero no sirve para nada”. Se vislumbra en el hecho de que sin preparación alguna salvo la que proporciona la “Universidad de la Calle” (que a partir de aquí sintetizaremos en sus siglas UDC), es como realmente se conoce de forma objetiva el mundo. Así, por ejemplo, se distingue de la caótica marea la paja del heno cuando, como afirmaba el cardenal Cañizares al referirse a los refugiados de guerra, “vienen con mucha mezcla” y no son “trigo limpio”. Además, no sólo sucede que los privilegiados de la UDC son los poseedores del conocimiento del mundo real, sino que esta capacidad de aprender todo lo importante en la experiencia de la calle, al ser congénita y no hallarse en el ADN de “el otro”, permite a los eruditos de la UDC aprender, mientras que “los otros” nunca aprenden y nunca cambian, por muchas margaritas que les arrojen. Curiosamente es esto lo que convierte en privilegiados a los que económica, cultural y socialmente no lo son, pero son blancos. Si alguien acude al sistema educativo oficial y termina titulándose, al no ser expedido el título por la UDC el conocimiento que pretende acreditar es falso. Muchos de estos “extraños” no tienen medios para estudiar en centros oficiales y tiene que aprender en la UDC. Y mientras que los de raza pura autóctona, en dicho centro público y gratuito, aprenden la verdad del universo, el “extraño” no aprende nada, ni en la UDM ni en la UAM¹. No aprenden porque esta capacidad no está en su ADN (me pregunto cuántos de los que usan esta expresión conocen en realidad lo que es en verdad y cómo funciona el ácido desoxirribonucleico). Queda pues demostrado el carácter innato de su incapacidad y la susceptibilidad para que en sus inútiles talentos aniden todo tipo de defectos.

Por ridículo que pueda parecer todo lo anteriormente dicho, es tan extensa la experiencia en discusiones con gente que sostiene estas tesis, que hace tiempo que muchos nos convencimos de que el asunto se aleja bastante de lo anecdótico. La cultura de la pobreza endurece no sólo los miembros, sino las mentes desprovistas de formación alguna, de filosofía o ciencia, creando una ilusión de sabiduría basada en un mérito distinto al académico: El de saber ganar en la lucha por la supervivencia. El mérito del más fuerte y su triunfo. Así, es mejor ser listo que sabio, pues las estrategias del listo lo conducen más rápida y eficazmente a la victoria, mientras que el sabio pierde el tiempo estudiando para naufragar en sus filosofías y vanos conocimientos. Todo un derroche de energía mental.

Todo esto no quiere decir, claro está, que aprender a sobrevivir en unas condiciones desgraciadas no se pueda considerar sabiduría. Pero simplemente, con ese conocimiento no se

¹ Siglas de la Universidad Autónoma de Madrid.

construye la ciencia, ni se traspasan determinadas fronteras. No se curan las enfermedades ni se descubre que, si viajas en línea recta, no te caes por el borde del mundo. Y los déspotas, pobres o ricos, que tratan de ennegrecer las mentes de los demás, desprestigiando el conocimiento y dispersando la creencia de que es mejor saber llevar un mendrugo de pan a casa que ser ingeniero, sólo buscan perpetuar, a través de la ignorancia, las penas de los que sólo viven para eso: para llevar un mendrugo a casa. A esta gente desgraciada, es fácil convencerla con el dulce canto de que no necesitan estudiar nada, que con ser de una localidad o de una etnia, o de una raza, o de un sexo, ya son mejores que otros. Y, precisamente, el no estudiar nada les impide dilucidar la mentira y el engaño bochornoso con el que, además, se hacen cómplices y artífices en parte de su propia penuria. Es una de las grandes injusticias humanas. Tenemos la capacidad y los medios para alcanzar quizá las estrellas. Pero tenemos también a la suerte de mezquinos, vanidosos y avariciosos que luchan incesantemente por enterrar la capacidad y los logros, pues así les es más fácil proteger sus privilegios.

Y tenemos también a los acomplejados, al producto de la ignorancia, los prejuicios y el odio, dispuestos a creer cualquier mentira que los haga sentirse especiales o, simplemente, menos desgraciados.

La educación tiene, como puede suponerse, métodos. Hay gente que se educa, precisamente, para crear y divulgar mejores métodos educativos. En las distintas culturas y en las distintas épocas, los métodos han variado mucho. No solo a los estudiantes de los “países desarrollados” se los martiriza con sucesivos cambios en los “planes de estudio”, promovidos por políticos que alcanzan cargos públicos y deciden destruir el trabajo del anterior sin pensar en las consecuencias (generalmente con “sin pensar” basta). También los alumnos de distintas edades pasan por profesorados cambiantes, con métodos muy dispares. Yo, por ejemplo me crié en colegios en los que raro era el día en que un profesor no te partía la cara de una bofetada, o te castigaba cruelmente sometiéndote a escarnio público o a tortura propiamente dicha. Recuerdo que una profesora de inglés, de notoria habilidad pedagógica, me ridiculizó a gritos ante toda mi clase, contando yo entonces con 5 o 6 años de existencia, por confundir el verbo “tener” con “ser” en su lengua materna. Aún resuenan en mis oídos su grito estentóreo: “Héctor dice que ES una naranja; ¿quién quiere un gajito?”. ¿Nadie la ridiculizó a ella por su pésimo español? ¿O por ser mujer? ¿O por ser irlandesa, o poco agraciada físicamente? Seguramente sí. Es difícil si no suponer de dónde salió ese resentimiento que la movía a humillar a niños de 5 años... Todo forma parte de la misma cadena de desgraciados

accidentes de la mala educación. Como el niño que recibía palizas brutales también casi a diario y al que apodaban “el golfo”, también con 5 o 6 años de edad. ¿Se le podría culpar si, con la edad, se hubiera vuelto un golfo de verdad? Como a los niños que, por no saberse la lección o no haber hecho la tarea para casa, eran enviados en fila, temblorosos, llorando de miedo, al despacho del director, donde se les dispensaba un correctivo a base de bofetadas y brutales tirones de pelo, para volver con las caras amoratadas y empapadas en lágrimas. Eran niños. ¿Se les puede culpar si algunos de ellos, o todos, de mayores odiaron a todo aquel que se llamara profesor?

El proceso educativo debería detenerse un rato para estudiar con detenimiento, al igual que pasa con las indiscutibles y útiles reglas de la aritmética, las reglas básicas del respeto. Pero golpeando y humillando a alguien es difícil inculcar respeto. Sería como pretender que aprendieran matemáticas exigiéndoles aprender de memoria proposiciones o axiomas falsos y argumentos ilógicos. No podríamos nunca entender la contradicción. Renunciaríamos a las matemáticas y, probablemente, a aprender nada más por absurdo. Cuando oigo a algunos padres quejarse de que en la actualidad, los sistemas permiten a sus hijos “hacer lo que les da la gana” y que “un buen cachete a tiempo” es una buena solución educativa me lleno de tristeza. Hay que ser, en primer lugar, un poco desgraciado para desear que coarten libertades o que maltraten a tu propio hijo. No se trata de que lo dejen quemar la escuela. Tampoco de que no reciba una reprimenda si comete una atrocidad. Pero es más importante conocer los motivos por los que ha cometido la atrocidad, para así poder evitarla, que dejar esos motivos de lado porque siempre podemos encerrarlos o golpearlos para que aprendan. Humillar, golpear o encerrar a la gente nunca ha solucionado nada. Los déspotas, sádicos y carceleros han existido siempre y los mismos problemas que han justificado supuestamente sus acciones siguen ahí. Sólo crean resentidos y gente extremadamente triste y cobarde. Los que hemos sufrido las humillaciones y las agresiones de niño, al igual que el racismo de mayores, sabemos bien que las “bofetadas a tiempo” están siempre fuera de tiempo y lugar y que las humillaciones te hacen siempre un poco peor persona. Nunca te mejoran.

La educación, en un *Homo sapiens sapiens*, lo es todo para definirse como tal de forma inequívoca, al igual que la postura erecta o el retroceso del esplacnocráneo. Cómo dice Spencer Tracy en la genial *Inherit the Wind* dirigida por el estadounidense Stanley Kramer: (dirigiéndose al fiscal del caso por el “juicio del mono” Matthew Harrison Brady, en el que se juzga a un profesor por enseñar evolucionismo en la escuela de una pequeña localidad de Tennessee en 1925: “*Then why did God plague us with the capacity to think? Mr. Brady, why do you deny*

the one faculty of man that raises him above the other creatures of the earth? The power of his brain to reason. What other merit have we? The elephant is larger; the horse is swifter and stronger; the butterfly is far more beautiful; the mosquito is more prolific. Even the simple sponge is more durable.” En efecto, como humanos adquirimos la capacidad de pensar, tras millones de años de evolución. Y al mismo tiempo negamos esa cualidad poniendo trabas a una educación que nos permita desarrollarla. ¿Por qué entonces nos sentimos tan especiales? ¿Cómo pudo alguna vez surgir algo como el antropocentrismo en nuestro mundo?

Como dije al principio del capítulo “Parece en principio un despropósito pensar siquiera que, en una sociedad cooperativa como la humana, la educación tiene un papel despreciable o, directamente, no tiene papel alguno”. En mi país he escuchado innumerables veces hacer de este despropósito algo irrefutablemente cierto, destruyendo el mérito y el esfuerzo de educadores y educados. “El médico se pone una bata blanca y ya se cree alguien”. “La salud es algo demasiado importante para dejarla en manos de tales vanidosos y engreídos ignorantes”. No importa los años de estudios para su licenciatura, los años del duro doctorado, más años de preparación para las pruebas adicionales como el MIR², los años de prácticas en hospitales... es sólo la bata blanca.

“Then why did God plague us with the capacity to think?”

² Siglas de Médico Interno Residente, sistema de formación de especialistas médicos que funciona en España desde 1978.